

Lorenzo Oliván

Caballero Bonald reflexiona contemplando la Argónida

¿Pasará factura en la edad adulta haber mirado en la infancia en exceso un horizonte?

Ha de aprender mucho a ser montaña quien, al escribir, atraiga sobre sí todas las tormentas.

La acción quizás impida pensar, pero nos pone en marcha hacia ideas más fuertes.

He llegado a la conclusión de que formo con todo una unidad y todavía no sé si eso me quita un peso de encima o me lo añade.

La literatura nos miente como esa mujer hermosa a la que le creemos sus más grandes mentiras porque con ellas nos parece todavía más mujer.

Quien no ama la propia carnalidad de las palabras, ¿logrará engendrar algo vivo en su trato con ellas?

Hemos llenado al agua de reflexión, de discurrir y de muerte, porque en el agua incluso la rapidez es algo lenta y es una rapidez casi pensante.

En nuestra existencia, lo biológico sucede con tanta fatalidad que hasta cierto punto hace inevitable que lo biográfico quede como imantado de destino.

A veces uno siente al crear que el estar se ha arrojado en el ser y es ya un eje sin radios.

¿Dónde es más mar el mar? ¿En la orilla, al tocarlo, todo él piel sensitiva? ¿O allá, en el horizonte, el centro inaccesible en donde el agua piensa?

